



SANTI COGOLLUDO

La educación sentimental brutal del pequeño narco

Se llama Juan Pablo Villalobos. Hasta hace poco era un anónimo hijo adoptivo más de BCN. Hoy, más que una promesa las letras mexicanas, es una confirmación titulada 'Fiesta en la madriguera'. Un breve y magistral debut que convierte la novela de narcos en virtuosismo narrativo. Por **Matías Néspolo**

Tochtli sólo conoce a 12 personas, sin contar a los muertos. Si los contara sumaría varias docenas, pero no lo hace porque los muertos ya no son personas, sino cadáveres. Y esa docena de vivos, entre sicarios, dialers, prostitutas, servidumbre y políticos corruptos, lo consideran un niño prodigio porque utiliza palabras difíciles como «pulcro», «patético» o «fulminante».

Pero Tochtli tiene un truco, cada noche memoriza su diccionario. Y además de palabras, colecciona sombreros. Le interesan los samuráis, las guillotinas y los elefantes enanos de Liberia. Lo que más quiere en el mun-

do es un ejemplar vivo para su zoo privado. Cosa difícil porque es una especie en extinción. Pero para su padre, Yolcaut, el jefe un cártel que cumple todos sus caprichos, nada es imposible. Y una cosa más: si de algo se enorgullece Tochtli es de no ser ningún «marica». Sabe muy bien que una persona se convierte en cadáver cuando se le practican agujeros con cuchillos o balas por donde se le escapa la sangre y es capaz de contemplar el proceso sin lagrimear.

De eso va *Fiesta en la madriguera* (Anagrama), la demoledora ópera prima del mexicano afincado en Barcelona Juan Pablo Villalobos. Una lograda *nouvelle*

que narra la vida cotidiana de un poderoso narco recluido en su palacio —léase madriguera— desde los diáfanos ojos de su hijo.

«Hay dos tipos de jefe de cártel: el paranoico obsesionado por su seguridad y el que se cree invulnerable y se la pasa de fiesta con los políticos», explica Villalobos. Del primer tipo le resultaba «muy atractivo el tema del encierro», que además le permitía trabajar la sinécdoque: «Al final la madriguera era todo México».

Y así llegó a la novela de narcos, un subgénero cuyo actual boom «no mira con buenos ojos la república de las le-

El escritor mexicano afincado en Barcelona Juan Pablo Villalobos.

tras mexicanas», entre otras cosas, porque a esa moda «de sobran moralinas e hipocresías», reconoce Villalobos. Dos fallos que pudo sortear sin problemas enfocando el relato en el niño. «La mirada infantil me liberaba de emitir juicios morales y me permitía jugar con otros elementos como el *cartoon* y el absurdo». Luego se daría cuenta —con crónicas reales sobre palacios y zoológicos privados aún más delirantes que los de su novela— que el absurdo era su principal acierto. «Con el narco puedes exagerar todo lo que quieras que al final te quedarás corto», bromea.

Manuscrito anónimo

Al igual que el chileno Alejandro Zambra con *Bonsái*, Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973) ingresó al prestigioso catálogo de Anagrama de la manera más prosaica posible. Como otros tantos centenares de escritores en ciernes, Villalobos envió el manuscrito de *Fiesta en la madriguera* por correo en julio de 2009. Jorge Herralde lo leyó en su receso estival y para la *rentrée* contrató la primera obra de ese autor desconocido sin dudarlo. Así de fácil es compartir colección con Bolaño, siempre que se cuente con el talento estas dos excepciones que confirman la regla. Juan Pablo estudió Marketing y Literatura Hispánica, publicó crónicas de viajes en el diario *Milenio de Veracruz*. Le interesan tanto la ergonomía de los retretes como la influencia de las vanguardias en César Aira, tiene un hijo y en la actualidad realiza su doctorado en Teoría de la Literatura en la UAB.

Lo cierto es que a Villalobos el tema no le interesaba per se. «Si hubiera estado en México, seguramente no habría escrito de narcos por la saturación de los medios», confiesa. Más le interesaban «sus las implicaciones sociales: la relación entre poder y violencia». «Hace unos años esta historia la hubiera narrado el hijo de un político, pero ha habido un claro desplazamiento de poder en México», explica. Y así transigió en el subgénero, pero subiendo notablemente su listón literario. «El narcotráfico no importa. El tema

de una novela da igual, por más mano-seado que esté, lo que importa es lo que haces con él», señala. Dos buenos ejemplos de ello son Elmer Mendoza y Yuri Herrera que llevan la novela de narcos más allá. Otro, sin duda, el mismo Villalobos, que construye una aguda novela de iniciación, «o de educación sentimental», matiza. «La brutal educación sentimental de un niño que deja caer las últimas máscaras de su poderoso padre».

Aunque también pueda leerse en clave alegórica. Todos los personajes llevan el nombre nahua de un animal: Yolcaut (serpiente), Tochtli (conejo), el profesor particular Mazatzin (venado)... «Hasta tuve la tentación de hacer con esta historia una novela gráfica», confiesa.

